

bella. Sus ojos tienen la luz de un día claro, y anda sin afectación.

Creo que no es una mujer; debe ser la Musa de Hans Sachs. Llamémosla, si os agrada, la activa Honestidad, la Grandeza de alma, la Prudencia. La Musa abre una ventana, mira á la calle, y dice al honrado Hans:

—Observa bien ese hormiguero, toda esa gente que vá y viene, se choca, se confunde, desaparece, se renueva, y vuelve á ir y venir, á chocarse, á confundirse. Saca de esta confusión la verdadera historia de la vida humana, y refiérela sencilla y honestamente, sin repulgos, sin chocarrerías, con plenitud y fuerza de verdad, como Alberto Dürero. Sé justo, llama al mal, mal, y honra la virtud.

Después la musa se eleva en el cuadro de la alta ventana, se posa ligeramente en una nube, y desde ella muestra á Hans Sachs en un jardinito una graciosa doncella, sentada bajo un manzano, junto á un arroyuelo que corre y murmura entre la yerba. La doncella teje una corona de rosas y sueña.

Hans ¿no comprendes? La dicha está allí.

Lo que agita el corazón de esa joven es la esperanza.

¿Qué te detiene? Hé ahí la esposa que te hará olvidar la fatiga, las penas del alma, si alguna vez la fortuna te es adversa; que renovará tu juventud con una constante abundancia de alegría, de paz, de felicidad.»

Se descubre una iglesia más, la que tienen por más bellas los nurembergos, la catedral, la Iglesia de San Lorenzo. Después se nota, en frente de la curiosa casa de Nasseau, almenada y con torrecillas, una agradable obra de bronce, la *Fontana de las vírgenes*, fundada en 1589 por Benedicto Wurzelbauer, y cuyas figuras se miran con placer. Seis vírgenes, emblemas de las virtudes, dejan salir por sus senos delgados hilos de cristalina agua; seis niños tienen las armas de la ciudad, y tocan la trompeta: en la cúspide está el símbolo de la justicia junto á una grulla.

San Lorenzo tiene como San Sebald, su obra maestra de escultura, que llaman el *Tabernáculo de San Lorenzo*, ó la *Casa mística*, y también la *casa sacramental de Adam Krafft*. Es un edificio gótico, lleno de arte y fantasía, pegado á uno de los pilares del coro, y que no tiene menos de 64 pies de alto. A lo lejos el aspecto general, es el de una especie de vegetación de piedra que se eleva en forma de pirámide. De cerca, se ven en la parte inferior tres estatuas de hombre de tamaño natural y medio arredilladas que llevan en la cabeza, hombros ó espaldas con ostensible fatiga una galería descubierta donde hay unos santos separados por casetones. Una de estas tres estatuas es la figura de Krafft con su mazo y su

cinzel: las otras dos representan sin duda á sus dos aprendices. En la galería hay un tabernáculo cuadrado, adornado con una verja de cobre dorada: cuatro santos decoran sus ángulos. Desde aquí se eleva un amplio tronco, cuyas ramas mezcladas con las escenas de la pasión, se ensanchan, recogen, abren y florecen hasta llegar á la bóveda donde su estrechidad se encorva en forma de báculo. Adam Krafft invirtió cinco años en esta obra de prueba por un sueldo bastante mezquino. Era un trabajador incansable, y esculpia, según dicen, tan fácilmente con una mano como con otra. Sus aprendices eran ordinariamente robustos campesinos, apreciando ante todo el vigor. Pero en esta obra dejó por demás probado que tenía también el sentimiento de las delicadezas del arte y que podía modelar la piedra á su voluntad como una flexible cera.

Mientras me complacía en los agradables detalles de toda esta eflorescencia del arte, la hija del guardián que ha conducido hasta la puerta un grupo de extranjeros viene hacia mí. Es una buena muchacha, aunque algo cuadrada, la cual me hace una relación ó descripción del tabernáculo, que yo no escucho. De repente descubro un hombre sentado entre dos columnas, sobre un saliente de piedra. Está inmóvil y rígido como una estatua. Estaba allí antes de mi llegada y no ha hecho el menor movimiento. Admirado, lo indico á la joven quien lo mira de costado y me dice al oído, que está sentado allí hacia tres horas. Doy un paso hacia él y lo reconozco. Es el ayo del joven inglés. ¿Qué contenía, pues, la carta que le hizo esta mañana derramar una lágrima? Ha roto su cadena por algunas horas, y ha venido á desahogarse en libertad á este santuario.

El Pegnitz forma en Nuremberg dos islas, el Trodelmkt y la Schugtt, que es verde sombreada de tilos, y desde donde se ven las agujas de San Lorenzo. En otro tiempo se venía aquí á domar los caballos; ahora se celebran tres grandes mercados por año. Para atravesar el río hay siete ú ocho puentes de piedra, y seis de madera. El más famoso de estos puentes es el de la *Carnicería*, hecho de un solo arco en 1598 por el carpintero Pedro Carl, bajo la dirección del senador W. J. Stromer con la pretensión declarada de igualar á Rialto. Bajo la escultura en pleno relieve de un buey echado encima de una puerta de la carnicería, se ha grabado una frase latina muy chistosa.

Busco en el plano de la ciudad una antigua iglesia sin torre ni flecha como una nave desarbolada, y que se aísla en la plaza del Palacio municipal en

frente de San Sebald del que parece la chalupa. Es la capilla de San Mauricio. Una estampa de 1716 muestra que en el último siglo estaba adornada de tiendas. Después de la reforma servía de almacén. Actualmente es un precioso museo. Apenas se cuentan en él 140 cuadros, pero todos son obras de antiguos maestros de la escuela alemana, que pertenecieron al príncipe de Wallestein y á las galerías de Augsburgo, de Schleissheim y de los hermanos Boisserée. Yo no puedo decir que ninguna de estas pinturas haya producido en mí una gran impresión, ni que me dejen uno de esos recuerdos que son para la vida moral lo que las buenas rentas para la vida material, es decir un buen provecho, economía del pasado que se reproduce de año en año impidiendo al espíritu que se debilite por inanición. Noto, sin embargo, una María Cleofé, de Martin-Schoenganner, donde respira un bello sentimiento, un retrato de mujer por Hans Grimmer, una Virgen de Baldung Grun, otra de Schwark, una joven de Lucas Cranach, un Nacimiento de la Virgen de Israel de Mekenen, una Santa Margarita de Bartolomé Zeitblon, una Santa Brígida de un desconocido.

Algunas de estas pinturas son sobre todo notables por la delicadeza de los toques, por la limpieza del color, por la escrupulosa intención en los menores detalles de la realidad. La expresión de las figuras tienen poco de ideal, los tipos son rara vez de grande elevación, sus formas angulosas, rígidas ó pesadas. Pero entre todas estas personas que bajo otros nombres han vivido verdaderamente, muchas tienen el atractivo que dan á la fisonomía la delicadeza, la satisfacción de una conciencia pura, la bondad, y la modestia que se ignora á sí misma.

Ello es bien cierto que en nuestros días se celebran con algo de pasión esos artistas que han reproducido tan sencillamente lo que tenían á la vista. Ellos, á mi parecer, no aspiraban á tanta gloria. Después de todo, el exceso de la aprobación vale más que lo contrario. Debemos reconocerles todo lo bello que han encontrado y estudiado, pues no dejaron de recoger flores de belleza que han llegado hasta nosotros con grato perfume.

Delante de sus cuadros parece que podemos tocar esas delicadas manos y sentir su blandura, entender el dulce lenguaje de esos labios y de esos ojos que se dirigen hacia los nuestros, nos siguen y parece que nos ven con pesar alejarnos; y bien que las mujeres germanas del siglo XV no tuvieran el don de inspirar á sus pintores esas imágenes inflamadas que como las Vénus ó las Judit de Venecia ó de Florencia, deslizan á veces en el alma violentas y duraderas pasiones, nuestro pensamiento no podría remontarse hacia ellas sin pagarles el tributo de una admiración sincera, que nada sin duda pierde de su precio por

estar templada con el respeto y la estimación.

Otra colección de pinturas, inmediata á la escuela de dibujo en la plaza de San Gil, se parece más que la de la capilla de San Mauricio á las galerías que se encuentran por todas partes. Las épocas y escuelas están mezcladas. Sin duda se está en vísperas de alguna distribución de premios: casi todos los cuadros están tapados por dibujos de discípulos. Veo sin embargo una Magdalena y una Santa Lucía de Miguel Vohlgemut, que me encantan; de retratos (de Carlo-Magno y Segismundo); un San Juan y un San Pedro atribuidos á Alberto Dürero; una Comida dada por el conde palatino Carlos Gustavo; una muerte de Lucrecia por Aldegrever; un retrato de mujer por Hans Olbein, el joven; otro de Melachton por Lucas Cranach.

21 de setiembre.

El Museo Germánico me ha sorprendido: añadiría que he experimentado algo de vergüenza por mi sorpresa. Es uno de esos establecimientos de primer orden, cuya creación no es permitido ignorar. El plano fue propuesto por una Asamblea de historiadores y anticuarios reunidos en Dresde en 1852 y fué adoptado en 1853 por la Dieta de Francfort. Se trata nada menos que de una institución nacional, fundada, sostenida y protegida por toda la Confederación germánica. El objeto es reunir, sin límites, las obras alemanas de todos los tiempos que pueden servir para aclarar y estudiar la antigua historia de la vida pública y privada de los alemanes: esculturas, cuadros, alhajas, muebles, armas, instrumentos de arte y de ciencia, medallas, mapas, manuscritos, libros, en una palabra, todos los testimonios del pasado nacional, cualesquiera que sean. Los primeros objetos reunidos se guardaban en una casa de Panierplatz. Hoy la colección llena todo el espacio del antiguo claustro de los Cartujos del Mariusell (*cella beate Mariae*) al Norte del Pegnitz.

Las donaciones de los particulares, de los príncipes y de los reyes afluyen con este objeto; las adquisiciones no se interrumpen; se adquieren copias auténticas de las obras, cuyos originales no pueden adquirirse; se buscan por medio de correspondencias los objetos de origen alemán hasta en los países más remotos. Un Consejo y un periódico especial dirigen todas estas pesquisas, anuncian los progresos y señalan el valor al público. El catálogo de este Museo es ya un grueso libro. ¿Cómo podré yo apreciar al paso tantas riquezas? Paso por en medio de ellos sintiendo la rapidez de los días. Solo puedo ver ligeramente, estos seculares troncos de árboles que servían de ataúd á los antiguos germanos, estos instrumentos de tortura procedentes del Rathaus,

lechos de hierro sembrados de agudas puntas, cepos caballetes, tenazas, etc.; trajes completos y curiosos de mujeres de diferentes épocas, utensilios de casa ricas y pobres, armas, retratos históricos, entre ellos el de Maximiliano I por Alberto Durero; y otras

mil curiosidades que todas concurren á resucitar la vieja Alemania.

De sala en sala entro en la biblioteca y me detengo ante los numerosos borradores de Hans Sachs, escucho con gusto y aprovecho las explicaciones del



Entrada del Burg.—De fotografía.

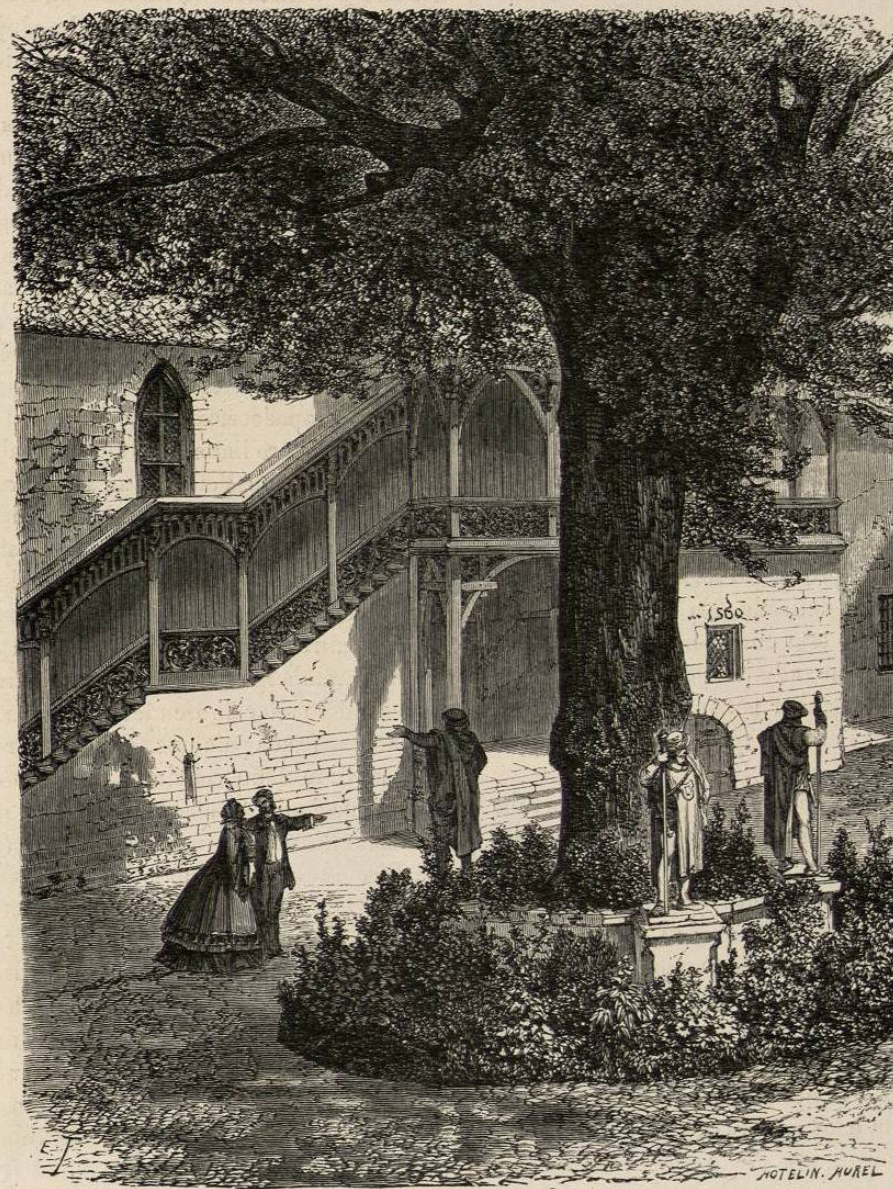
mas complaciente de los bibliotecarios. Pero la hora de cerrar suena. He pasado en este claustro mas de medio dia, semejante al relámpago que en la noche oscura enciende el deseo del viajero dejándole solo un pesar.

Esta mañana el jóven inglés almuerza solo. Está á mi derecha, aunque separado por dos ó tres sillas vacías. A mi izquierda dos señoras alemanas comen-

tan una nueva, que agita por el momento el hotel Galimberti. El ayo ha partido súbitamente para Munich. ¿Volverá? ¿Ha abandonado á su jóven discípulo? Las señoras hablan muy bajo, sin levantar la vista y apenas las oigo. ¿Cómo el jóven adivina que hablan de él? El pobre se ruboriza y aturdido derrama su tetera sobre un plato de jamon. Verdad es que á la vez que se sirve, parece estudiar la Iliada. ¿Será el griego lo que colora sus mejillas? ¿Es Elena quien pasa?

Algunas horas despues subiendo una calle, vi revolotear hácia mí una hoja de papel: la recogí y era el bosquejo á grandes rasgos de la casa de Alberto Durero. El jóven inglés vino á mi encuentro con un

lápiz en la mano. Yo lo felicité devolviéndole su dibujo y los dos nos detuvimos ante la casa del primero de los pintores alemanes. La casa es grande, pero muy modesta en materia de arte. El jóven juzga



Patio y escalera del Burg.—De fotografía.

oportuno, por corresponder á mi atencion sin duda, decirme que la casa pertenece á la ciudad, que en ella se reúne una sociedad de artistas y que se hacen exposiciones de pinturas. Mi silencio lo anima á añadir que Alberto Durero no solo era un gran pintor, sino que tambien dibujaba y grababa admirablemente en madera, en cobre, en acero, en estaño, á la aguada y con agua fuerte; que hizo obras de orfebrería y aun esculpió en madera y piedra; además

que siendo ingeniero como Leonardo de Vinci y Miguel Angel, restauró y completó las fortificaciones de Nuremberg. Deplora que los nurembergos tengan tan pocas pinturas de Durero. A su parecer, Munich deberia darles los cuatro evangelistas de su *Pinnacothèque*, lo que no dejaria un gran vacío en tan vasta coleccion y seria un buen proceder de hermana rica. Concluye su discurso, bien hecho y no mal pronunciado en francés, por algunas reflexiones filosó-

ficas sobre la triste ley de la compensacion que hizo expiar á Durero su genio, su gloria y su fortuna, dándole una mujer mala, una Xantipa. Y esto diciendo sonrie maliciosamente mostrando sus blancos dientes.

Doy gracias al tierno hijo de Albion por sus informes. Dentro de cinco ó seis años no será ya tan amable. Por lo demás, yo saco de todo lo que me ha dicho estos tres puntos: que no está probado que Alberto Durero haya grabado en madera; que no fue jamás rico; que puede ser que se calumnie á su mujer.

Primer punto. Es sin duda cierto que el arte del grabado en madera debe á Alberto Durero sus mas grandes progresos. Antes de él era grosero; despues se extravió queriendo espresarlo todo. Pero Durero ¿hacia mas que dibujar en madera y dirigir sus operarios enseñándolos á vaciar con el cuchillo ó el cortaplumas los espacios blancos entre las líneas trazadas por su pluma sobre la tabla? En los bellos y sencillos grabados en madera del siglo XVI, el mérito está en el dibujo: la operacion de vaciar es secundaria. Los dibujantes no dejaban nada á la interpretacion del grabador. Hay que notar, sin embargo, que en este simple trabajo secundario, podia el operario mostrarse mas ó menos hábil y probar no solo correccion, sino un sentimiento fino y delicado. En nuestros tiempos se ha discutido mucho esta cuestion: la opinion mas prudente parece la que admite por escepcion que Alberto Durero debió grabar por su mano algunos detalles y aun planchas enteras que se distinguen por su perfeccion.

Segundo punto. No hay que hablar de la fortuna de Durero en sentido de riqueza ó de gran conveniencia material. Durero era un hombre desinteresado, sencillo y de un carácter digno y puro; no tenia vicios y sobre todo aborrecia la ociosidad. Reconociásele por uno de los primeros en la inmortal falanxe de artistas de principios del siglo XVI. Sin embargo, se ve por su correspondencia, por toda la historia de su vida que á duras penas podia cubrir las necesidades de su casa. En sus últimos años, se vió reducido á rogar por una carta á los señores de Nuremberg, que tuvieran á bien encargarse del pequeño capital que habia economizado de modo que le produjera algunos intereses mas que el que le ofrecian comerciantes y usureros. (1).

(1) Nada es mas triste que esta carta.

Hé aquí algunos párrafos.

«Honorables, prudentes y sobre todo graciosos señores: durante una gran serie de años, he adquirido con mi trabajo y la ayuda de la Providencia la suma de mil florines del Rhin (¿de oro ó de plata? No se sabe) suma que quisiera colocar para mi manutencion. Bien que yo sepa que no es costumbre vuestra dar á interés muy elevado, pues habeis rehusado con frecuencia un florin por veinte, lo que me ha hecho vacilar en pedirlos este servicio, me resuelvo á ello, sin embargo.

»En nuestro municipio, he trabajado mas veces gratis que

Tercer punto. No, la mujer de Alberto Durero no era una Xantipa: esa suposicion no debe correr de boca en boca sin buenas pruebas. Las mujeres de los artistas, aun de los mejores, no son siempre felices. El noble desinterés de sus maridos, el genio que los tiene bajo su ley y los arrastra impone con frecuencia crueles pruebas en la vida doméstica. La mujer de Durero Agnes Frey, hija de un célebre mecánico y que habia llevado en dote 200 florines, era muy bella y honrada. ¿Qué le reprochaban ciertos amigos del artista? Que era demasiado devota y económica. ¿Qué importan á ciertos amigos esas interioridades? Admíranse de que el genio desprecie todas estas miserias. Si está triste, abatido, á ellos debe culparse. ¿Por qué se ha casado? Despues de todo ¿qué es la mujer de un gran hombre? ¡Ah! Acaso sea ella mas grande que él. A ella solamente corresponde pesar el sufrimiento que es digno y necesario soportar, y á los demás, respetarla ó compadecerla.

Alberto Durero llama á su mujer en algunas de sus cartas fechadas en Venecia, su *señora calculista*, por alusion á las reflexiones que ella le hacia sobre la utilidad de balancear los ingresos y los gastos. ¿No tenia razon la pobre mujer? Mientras que él pasaba muy buenos dias en la bella patria del viejo Juan Bellin, que lo admiraba mucho, ella vivia con gran dificultad en Nuremberg. Parece pues que Durero escribiera chanceándose sin comprender que se pudieran tomar en mala parte sus palabras. Así es que refiriendo que habia asistido á un concierto, donde los instrumentistas venecianos tocaban de un modo tan patético que hasta ellos mismos lloraban, dice Durero. «¡Plugiese á Dios que nuestra calculista los oyera que habia de llorar tambien!» Esto no parece intencionado. Pero si se quiere tener una idea exacta de las relaciones de Durero con su esposa, lo mejor es leer el libro de gastos que escribió durante su viaje á los Países-Bajos en 1520 y 21. Llevaba consigo á su mujer y á su criada y en su diario, ingénuo confidente de sus pensamientos, no deja escapar contra Agnes ninguna palabra de enojo ó mal humor. Ordinariamente en las grandes ciudades de las orillas del Rhin y de los

por dinero, y despues de treinta años que estoy en esta ciudad, puedo decirlo con verdad, los trabajos que se me han encargado no me han producido mas de quinientos escudos, suma poco importante; y sobre la cual no he tenido un quinto de beneficio.

»Yo he ganado mi pobreza, que (bien lo sabe Dios) me ha sido amarga y me ha costado muchos trabajos para los príncipes, señores y otras personas de afuera.

»Así, os ruego, señores míos, acepteis los mil florines dándome por ellos, como una gracia particular, cincuenta florines de interés anual para mí y mi mujer, que ambos estamos cada vez mas débiles y viejos.»

Alberto Durero no debia tener por entonces mas de 56 años. Pretenden que á su muerte dejaria una suma de 6,000 florines.

Países-Bajos come en mesa de hospedaje ó bien es convidado fuera por los artistas y aun por personajes. Su mujer y su criada comen entonces solas. Un dia Durero hace este apunte.

«He comprado á Susana (la criada) un gorro por

al castillo de Wartburgo, escribió lo siguiente: «He dado 8 stubers al fraile que ha confesado á mi mujer.»

Si tuviera que defender en regla á Agnes Frey, hay sobre todo un indicio, sobre el cual insistiré. Generalmente un esposo ofendido no demuestra gran afecto á los padres de su mujer. Pues bien, Alberto Durero habla en términos muy respetuosos de sus suegros, los cuales habitan en su misma casa.

Mi jóven compañero, no parece muy contrariado al oír rehabilitar la memoria de Agnes Frey. Está en la edad en que no se comprende al diablo bajo la forma de un ángel. La union íntima de la belleza y la maldad en una mujer es cosa tan contraria á la naturaleza, tan monstruosa, que muchas personas que han pasado ya de la encantadora edad de las ilusiones, se resisten obstinadamente á la evidencia, á pesar de los golpes que les asesta en la cabeza la rueda maestra de la vida, la esperiencia.

Atravesamos Panierplatz, donde se estableció al principio en una bella casa la coleccion naciente del *Museo germánico*. Nos encontramos á cincuenta pasos de la estrada del *Burg* ó castillo imperial. Un cuartel hay en sus inmediaciones.

El Burg es el rasgo que marca la edad de Nuremberg, es su arruga, digámoslo así. Sin él, se le podria tomar por una ciudad jóven, atribuyéndole solo quinientos ó seis cientos años.

«Nuremberg, capital de su Estado y señorío, la ciudad mas oriental de las imperiales del círculo de Franconia y del banco de Sonabe, es muy renombrada en toda Alemania y en Europa, siendo una ciudad industrial y mercantil, y estando adornada de edificios magníficos así públicos como particulares. Tiene un castillo muy antiguo, construido en la montaña que domina la ciudad.»

No se aprecia bien la altura de esta montaña cuya pendiente está cubierta de calles, sino al llegar á una pequeña esplanada desde donde se domina toda la ciudad y el campo. La llanura que rodea á Nuremberg, no parece tan árida y arenosa como dicen las tradiciones y acaso lo fuera hace muchos siglos. Por todas partes veo cultivos y aun bosques. La ciudad es muy alegre á la luz de la mañana que hace brillar sus tejados y torres, y es limpia como esas viejas que tienen gran cuidado de su compostura y cuya habilidad consiste en evitar el esplendor de las modas nuevas y en hacer ver que el corte un poco antiguo de su traje y el argentado color de sus cabellos, les sienta perfectamente.

En frente de nosotros se alza la torre de los *Paganos*, que debe este nombre á algunas viejas esculturas incrustadas en sus muros. El conserje que nos ve, abre la puerta y nos introduce en un patio donde



Wenceslao bajo el t'lo.—De fotografía.

dos florines y 10 stuber. Mi mujer ha gastado 4 florines del Rhin en un lavadero, unos fuelles, una olla grande, leña para guisar, unas zapatillas, una jaula, y dos cántaros.»

Durero era partidario de Lutero y no se ve que sobre este punto tuviera ningun altercado con su mujer que fue siempre muy fiel al catolicismo. En Amberes, donde estaba Durero cuando condujeron á Lutero